

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista general, por Josefina.—La Mujer [poesía], por don Eugenio Martinez Cuende.—Una aventura de Alfieri [continuacion], por don Ignacio Virto.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

REVISTA GENERAL.



En mi revista de Enero os hablé, amabilísimas lectoras, de el año de 1861, que entonces acababa de espirar: ahora, dejando aparte lo pasado, os hablaré solo de lo presente, del año de 1862, que ha principiado presentándose disfrazado de moscovita, para darnos una broma de Carnaval, envuelto en un largo ropon de nieve, con una careta de hielo y unos aires del Norte que hubiera envidiado el cal-muko mas septentrional.

Así es que muchos en París han dudado si se encontraban en las orillas del Sena ó en las del Neva, y contribuía á aumentar esta duda el gran número de patinadores y patinadoras que se veía por donde quiera que el agua aparecía helada. Verdad es que, gracias á esta arriesgada diversion, han ocurrido deplorables accidentes en el bosque de Boulogne, y que algunas personas han sido víctimas de su desgracia ó de su imprevision; pero esto no ha impedido que, dando el ejemplo la misma Emperatriz, nuestra bella compatriota, en el lago de Longchamps, el mundo elegante se haya entregado á este activo ejercicio con verdadero furor.

Y cuando digo el mundo elegante, no creais que me refiero solo á la barbuda mitad del género humano, no; tambien ha tomado parte el bello sexo en esta diversion, á pesar de ser tan resbaladiza, ó quizá por lo resbaladiza que es. Al ver aquellas mujeres vestidas con la mayor coquetería con trajes de capri-

cho, surcar la escurridiza superficie, era preciso convenir en que no hay nadie tan hábil como una hija de Eva para resbalar y no caer. De resbalon en resbalon y de desliz en desliz, han hecho algunas milagros de equilibrio, y se han retirado de los patines con la conviccion de que nunca pueden caer. No hay que fiarse, sin embargo, demasiado en sus propias fuerzas; por esto, sin duda, una jóven y linda americana patinaba con el mayor arrojo y destreza apoyada en el brazo de su marido: con semejante apoyo ya se puede tener alguna mas confianza, pero es preciso no soltarse de él.

Pasemos de la fria atmósfera de los estanques á la cálida de los salones. Esta es la época de los bailes, de los conciertos, de las recepciones: ¿cómo citar todas las fiestas de este género que hay en París? ¿Pero cómo pasar, sin embargo, en silencio el baile del Ayuntamiento y el de las Tullerías?

Al baile del Ayuntamiento de París asistieron, ó habian sido á lo menos convidadas, cinco mil personas, y el local estaba decorado con el mayor gusto: habíase transformado el gran vestibulo en un vasto parterre guarnecido de jacintos y tulipanes, y con un bosque en medio de arbustos y flores de todas clases; las paredes de la escalera de honor estaban enteramente tapizadas de camelias, y las columnas de las galerías desaparecían entre una selva de palmeras y de helechos. La concurrencia era brillante: la princesa de Cárlos Bonaparte, con traje azul, las señoras de Dolfus y las señoritas de Haussam y Erraz, con trajes blancos y adornos de corales y nenufares, y otras á cual mas elegantes y á la moda, favorecieron la fiesta.

En el baile de las Tullerías, que se verificó en la sala de los Mariscales, brillaba en primer lugar la Em-

peratriz, con un vestido blanco adornado por tres guirnalda de flores, y ostentando al cuello un hermoso collar de diamantes: tambien asistieron la princesa Matilde y otras princesas de la familia imperial, las señoras del cuerpo diplomático, las damas de palacio, las esposas de los ministros, de los mariscales, de los oficiales de la casa imperial, etc. El salon resplandecía con los diamantes de las señoras entre la variedad de uniformes franceses y extranjeros como esmaltan las gotas de rocío un campo cubierto de flores.

En este baile hubo, segun se cuenta, un ruidoso incidente entre un conde, que es uno de los primeros personajes del imperio y una condesa muy conocida en los altos círculos del mundo elegante parisien. No ha habido, sin embargo, ningun poeta francés que dedique á este incidente alguna sátira, por el estilo de aquel romance que valió la muerte á Adan de la Parra, aquel grande amigo de nuestro Quevedo, romance que empezaba:

Un conde y una condesa
á la que él está sujeto, etc.

Despues de los bailes vienen los casamientos, y ¿cómo no habian de venir, si muchas veces son consecuencia unos de otros? Muchos son los que se han celebrado estos dias en París, y no pocos los que se preparan para la próxima primavera, época á propósito para que parejas de amantes tórtolas vuelen en busca de algun pintoresco é ignorado nido.

Entre los enlaces *de inclinacion* que se anuncian, ninguno llama mas la atencion que el del jóven escultor M. Franceschi con la señorita Emma Livry, célebre bailarina, á quien el público aplaudia no hace mucho tiempo con entusiasmo en el baile *La Mariposa*. Los amigos del escultor dicen á este propósito, y los abonados al teatro de la Opera convienen en ello, que aunque este enlace parece recordar la fábula de Pigmalion, Mlle. Emma, que posée en alto grado la gracia y las actitudes de una estatua griega, carece de las bellas formas de Galatea y no podrá servir de modelo á su marido.

En los teatros ha habido de todo, porque en París nunca faltan novedades. Despues de la horrible silba de *Gaetana*, se han puesto en escena diferentes dramas, comedias y *vaudevilles*, con éxitos diversos, pero ninguno tan ruidoso que merezca citarse. En el Conservatorio se ha ejecutado la sinfonia *Los Titanes*, del septuagenario y célebre Rossini.

Tambien se ha presentado en el Odeon una jóven artista, Mlle. Agar, que á su bíblico nombre reune una presencia imponente y bella. Dicen que tiene excelentes condiciones para la tragedia, y que sustitui-

rá dignamente á la Rachel. Hé aquí una actriz mas. ¿En qué consistirá que lo mismo en Francia que en España es más facil encontrar buenas actrices que buenos actores? Sucederá lo mismo en la comedia de la vida?

JOSEFINA.

LITERATURA.

LA MUJER.

Traduccion de la ODA II DE ANACREONTE.

Dióle cuernos al toro
Naturaleza,
A la tímida liebre
Dió ligereza,
Y del caballo
Armó la fuerte planta
Con duro callo.

Con afilados dientes,
Arma terrible,
Ornó del leon fiero
La boca horrible.
Y en su desvelo
Hizo nadar los peces,
Dió al ave el vuelo.

Para llevar su suerte
Con noble calma,
Púsole cauta al hombre
La fé en el alma.
Cual á estos séres,
¿No halló algun dón que darles
A las mujeres?

Oh! sí: las dió brillante
Fuerte armadura,
Arma que á todo vence...
Las dió hermosura.
Que á la belleza
Ni el hierro y fuego igualan
En fortaleza.

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

UNA AVENTURA DE ALFIERI.

[Continuacion.]

Aquella inesperada revelacion colmó al conde de contento, porque esclarecia sus dudas al mismo tiempo que le descubria el amor de la marquesa. Entonces comprendió el motivo de la turbacion de Blanca cuando se presentó Marliano, la sumision que guardaba á éste, y el cambio que habia tenido con Alfieri: éste se hallaba loco de alegría.

—Pero tened en cuenta, le dijo Celini, que partirá mañana, segun ha prometido á ese Marliano, ó mejor dicho el baron de Rocca.

—No digais tal disparate, contestó Alfieri; la marquesa no marchará, porque yo no quiero. Bendito sea Dios mil veces, que ha permitido que se descubra la verdad; yo os aseguro, por vida mia, que esta vez no le sirve su autoridad al baron de Rocca, y que la marquesa encontrará quien la salve del yugo que le tiene impuesto ese hombre.

—Tened presente que ignorais el manejo de las armas y que puede mataros.

—Qué me importa?

—Sin duda el placer que experimentais en este momento os ciega: ¿no conoceis que si vos sucumbís todo se habrá perdido, porque entonces esa mujer queda abandonada y espuesta á las asechanzas de su perseguidor?

—Teneis razon: ¿pero acaso tengo necesidad de batirme para libertar á la marquesa de la presencia de ese hombre? ¿no alcanzaré mi deseo publicando la verdad para vergüenza de ese infame?

—Entonces el baron se dará por ofendido, os provocará, y no tendreis mas remedio que aceptar el desafio ó aparecer como un cobarde.

—Bien! me batiré con él.

—Y os matará: de modo que bien de una manera, bien de otra, la situacion de la marquesa es la misma; estais metido en un círculo vicioso que siempre os conduce á un mismo punto.

Alfieri dió con rabia una patada en el suelo, y dijo con despecho.

—¿Es decir, que un hombre tiene derecho para matar á otro, y luego dar por excusa el honor? ¿Es decir, que porque un hombre sea espadachin y esté seguro de que os mata, tiene derecho para obligaros á batir? ¿Y es esta la ley del mundo? Estraña ley por cierto, que se podria llamar de la fuerza bruta. Si yo no quiero dejarme asesinar impunemente y rehuso, todos me dirán que soy un cobarde, y aun mi propia celebridad será un motivo para hacer la deshonra mas pública y el escarnio mas grande. Ah! puesto que el mundo es una lucha de gladiadores,

¿por qué no se me ha enseñado á derramar la sangre? ¿de qué me sirve ahora ser lo que soy y saber lo que sé? ¡Oh, Dios mio! mi genio, mi gloria daría yo en este momento por manejar bien un arma. ¿Qué hacer en este apuro, Dios mio?

—En esta ocasion os hubiera sacado de este compromiso un bravo; pero desgraciadamente, amigo mio, ya pasaron aquellos tiempos.

—Alfieri hizo con la cabeza un movimiento de despecho y permaneció silencioso un gran rato; despues saliendo de aquel éxtasis, murmuró con voz firme y resuelta.

—Sí, sí; es preciso que lo haga así, porque es el único medio.

—¿Cuál es vuestra intencion, le preguntó el jóven.

—A la tarde la sabreis, dijo el conde retirándose.

III.

En seguida se ocupó en arreglar sus asuntos y escribir su testamento. Por mucha grandeza de espíritu que tenga un alma, siempre hace estos preparativos últimos con cierta tristeza melancólica, porque en la existencia del hombre mas desdichado se encuentra algun recuerdo grato hácia el cual vuelve los ojos, que derraman á su pesar una lágrima, como un adios de despedida. Luego, ¡cuántas preguntas no se hace uno á sí mismo y cuántas amarguras no se agitan en nuestro pecho! ¿Quién llorará vuestra muerte? ¿Se notará el vacío que dejais en el mundo? ¿Se acordarán de uno mucho tiempo? Tristes problemas que quisiera resolver el corazon anhelante sin atreverse á consultar la experiencia para darles solucion.

Mil pensamientos diferentes se aglomeraban en la cabeza de Alfieri, todos á un mismo tiempo: acordóse de las montañas donde habia corrido en su niñez, de sus primeras inspiraciones, y acordóse tambien de la profecía de la hechicera, y veia acercarse su término fatal, segun le habia predicho aquella endiablada bruja. Puso en orden todos sus papeles, y separó las obras acabadas de las que únicamente habia formado el plan del asunto sin haber recibido mas impulso de su vigorosa imaginacion, lanzando un tierno suspiro á su memoria. ¡Cuántas inspiraciones, cuántas vagas ideas se apoderaban en aquellos momentos de su imaginacion! ¡cuántas veces se llevó la mano á la frente, como si quisiera apoderarse de aquellos atrevidos pensamientos que iban á morir con él! En estos casos siente el hombre no perpetuar aquellas ideas, porque es la herencia mas preciosa que puede hacer á la humanidad, y el que no lo hace así comete un gran crimen.

Pero como el conde no tenia mucho tiempo por suyo, acabó rápidamente de arreglar todo; escribió á su hermana, y dando el último adios á los que mas ha-

bia amado en este mundo, bajó al salon donde se encontraban solos Celini y Marliano.

Celini hacia el elogio del libro de Maquiavelo, que tenia en una mano.

—No le he leído, dijo Marliano con frialdad.

—¿Gustais de leerlo? le preguntó el jóven presentándosele.

—No leo nunca.

Celini miró con sorpresa á su interlocutor, porque entonces era cuando habia tomado mas incremento el amor al estudio; el principio del siglo XIX se hizo célebre por esta razon, particularmente entre los nobles, aunque mas bien era cuestion de moda que de otra cosa; en esta época estaba en su apogéo la publicacion de folletos y las polémicas sociales, tanto, que era tan extraño un caballero que no leyera, como un señor de la regencia sin manceba. El conde entró á este tiempo, vió la admiracion de Celini, y le dijo á éste.

—El señor Marliano tiene razon; de qué sirven los libros á un hombre bien nacido?

Marliano miró fijamente al conde, porque comprendia que aquello era una burla; pero su rostro estaba tranquilo, sin espresar la menor ironía, de manera, que no pudo decirle nada.

—Entonces, querido conde, le contestó Celini riendo, tampoco vos debiais fatigar la vista leyendo todas las noches.

—¡Oh! yo soy diferente, dijo el conde; yo soy un poeta, es decir, un loco. Yo amo á Plutarco, y no tomo á broma las ridículas palabras de patria, libertad... Yo sueño un mundo donde los dignos alcanzarían las recompensas, el poder los mas ilustrados, y todos la felicidad. En fin, yo no tengo sentido comun, mientras que este caballero es un sábio.

Dijo el conde todo esto con un acento tan sereno, tan uniforme, que no podia decirse que aquello era una sátira. La ironía se habia escondido, aunque se sentia sin aperebirla. Era uno de esos sordos ataques que hacen mas cruel la herida, porque no se puede rechazar, y que despues de haberos mortificado lentamente, no hay mas remedio que ser los agresores. Marliano trató de reprimirse, porque comprendia que una querrela podia ocasionar á la marquesa un grave disgusto, que queria evitar; pero á su pesar contestó al conde con impaciencia.

—No acepto los elogios que el señor conde trata de dispensarme; yo dejo á otros hombres mas sábios que yo, á esos que se dan el nombre, segun creo, de filántropos y filósofos, que entre sus festines tratan de arreglar el mundo como si fuera una comedia.

—¿Eso decís de los sábios, de la filosofía y filantropía? exclamó Alfieri. ¡Es demasiada indulgencia, caballero! Callad por Dios! Los hombres que tratan de esclarecer el género humano, son unos miserables. Los que quieren á sus semejantes mas que á sí mismos;

unos tontos. Los sábios son aquellos que proclaman los abusos en vez de combatirlos, que á su gran dureza llaman razon, que sacan algun provecho de las desgracias, y tan egoistas, que pegarian fuego á la república con tal de calentarse las manos. Estos son los que saben vivir, á los que se debe imitar, porque es fácil de hacerlo. En fin, esta es la gente *comme il faut*. Se arruina á los acreedores, se deshonorra á todas las mujeres que sea posible, se matan algunos amigos en desafío, y se muere despues con la reputacion de un hombre honrado.

A medida que Alfieri hablaba, Marliano se enrojecia de cólera. Así que el conde acabó de hablar volvióse bruscamente, y con el fin de evitar una contienda, fué á tomar su sombrero, que tenia sobre una butaca, con la intencion de retirarse.

Alfieri comprendió la idea de aquél y le dijo:

—Perdonad si he podido herir vuestra susceptibilidad; sentiria obligaros á cederme el puesto.

—Yo no cedo mi puesto á nadie, contestó con tono altivo.

Alfieri se inclinó, sonriéndose vagamente. Por algunos instantes guardaron silencio los tres interlocutores. Celini con aire embarazado, porque no comprendia los pensamientos del conde, y Marliano buscando en vano los medios de evitar una provocacion. Este último se puso á aspirar el perfume de algunas hermosas flores que habia encima de una consola; sus ojos distinguian casualmente una caja de pistolas que Celini habia puesto allí al volver del tiro, y que en aquellos momentos era una tabla de salvacion. Abrió la caja, y tomando una de ellas, la examinó con indiferencia y le preguntó á Celini acercándose á una ventana.

—Estais contento de estas armas?

—Muy contento: son pistolas de Cosimo.

—Me permitís que tire con ellas?

—Con mucho gusto.

Marliano miró por la ventana.

—Veis aquella flor? Creo que es una camelia de color de rosa, dijo con negligencia.

—Sí; allá abajo? pero se halla fuera de tiro.

Marliano apuntó y tiró.

—Ah! exclamó Celini admirado.

—La flor ha sido tronchada, dijo el conde sosegadamente, que estaba en el fondo de la habitacion.

—Vos lo decís en broma, pero es la verdad.

El conde no pudo reprimir una sonrisa, porque comprendia que Marliano habia tratado de darle una prueba de su habilidad, sin duda con el objeto de causarle temor.

—Pardiez, caballero, dijo Celini, que todavía miraba la tronchada camelia; yo os aseguro que si alguna vez tuviéramos que batirnos, no escojeria por cierto la pistola.

—Por qué? le preguntó Alfieri, ¿por lo de la camelia?

—Por mil conceptos, y el primero porque no estoy mal con la vida.

—Quién sabe? Tal vez esa destreza que uno admira, desaparecería enfrente del peligro.

Marliano hizo un movimiento.

—No trato de decirlo por vos, caballero; pero á veces el mas diestro espadachin no sostiene con serenidad la mirada de un hombre de corazon, y su conciencia le hace temblar el pulso. Hasta hay algunos que hacen uso de su destreza para evitar un verdadero combate, y quien da una prueba de maestría para librarse de una de valor.

—Conde, exclamó Marliano dirigiéndose hácia Alfieri.

—Os vuelvo á repetir que no lo digo por vos, volvió á decir éste tranquilamente.

—No trateis de disculparos, señor conde, dijo Marliano con los lábios temblorosos de cólera; ya considero que vos no os atreveríais á dirigirme semejantes palabras, porque los poetas son muy prudentes; no insultan mas que por alusion; no se atreven á provocar á nadie como no sea á cubierto de algun concepto retórico, y cuando uno se muestra incomodado de su disfrazada insolencia, responden que lo han dicho sin intencion, y hasta se escusarian fingiendo una enfermedad si fuera necesario defender su honor.

—Seguramente vos no diries eso por mí? le preguntó el conde con mucha amabilidad.

—Podeis creer aquello que mas os plazca.

—De ninguna manera, porque entonces tendria derecho para pedir una satisfaccion.

—Quién os lo impide?

—Es decir que reconocéis mi derecho? ¿Qué esos ultrajes van dirigidos á mí? En fin, qué soy yo el ofendido?

—Sí señor.

(Se concluirá.)

IGNACIO VIRTO.

LABORES.

La *cenefa ó fleco* de estrellas que ocupa el primer lugar en nuestro grabado, es una labor *de crochet* llena de novedad, de gusto; una de esas labores cuya sola vista causa el entusiasmo de cuantas señoras son capaces de hacerla, y el desaliento de las que no poseen el delicado arte del *crochet*. Se hace con algodón, estambre ó torzal, y su destino es guarnecer

anti-macasares, colchas, tapetes de *crochet*, pañuelos de punto ó cachemir, ó servir de pasamanería para un traje.

Se principia cada estrella por uno de los rayos, haciendo once puntos de cadeneta: sobre ellos se hace otra hilera de puntos dobles, y por los dos costados una hilera de barras muy unidas. Esto forma un rayo. Al punto y sin cortar la hebra se principia otro igual y otro despues, que serán los tres de encima. Despues se vuelve la labor por el revés y se hacen otros tres en los huecos de los anteriores, segun muestra el dibujo. En este caso ya, se corta la hebra, que se sujeta al extremo de uno de los rayos para continuar en esta forma:

Veinte y cuatro puntos sencillos, uno doble entre los dos rayos; se vuelve á retroceder por la misma cadeneta hasta el décimo punto; catorce sencillos, uno doble en el extremo del rayo siguiente, y se continúa lo mismo toda la vuelta.

Sobre ésta se hace otra de puntos dobles, aumentando los necesarios para que no se encoja el círculo, y se principia sobre ella una de 5 ps. s., 1 p. d. en el tercero, 5 ps. s., 1 p. d. en el tercero siguiente hasta terminar la vuelta, y se completa la estrella con otra vuelta como la anterior, solo que se harán 7 ps. s. en lugar de 5, y se engancharán en medio del feston anterior.

Hechas como ésta tantas estrellas como dimension se quiera dar al fleco, se cosen unas á otras en hilera, principiando la cabeza en esta forma: se anuda el hilo á una de las estrellas, y se hacen * 14 ps. s., 1 d. en el tercer feston, 14 ps. s., 1 d. en tercer feston, 14 s., 1 d. en tercer feston, 20 s., 1 d. en la union de los dos círculos. Se retrocede por la misma cadeneta 10 ps., 8 ps. s., 1 p. d. en el feston de la otra estrella, * repitiendo de señal á señal en toda la tirantez.

Sobre esta se hace una segunda vuelta de puntos lisos, en la cual se van cogiendo por el centro todas las presillas anteriores, como muestra el dibujo.

Falta solo para terminar esta labor, ponerle en la parte inferior el fleco, para el cual se cortan muchos cabos de un mismo tamaño y se van anudando de tres en tres, y por la mitad en todas las ondas del feston.

La segunda labor es un tejido de punto de aguja de realce, sin calados, hecho á tiras, que pueden servir para colcha. Su ejecucion es la siguiente:

Se ponen en la aguja 41 puntos.

1.^a Vuelta.—10 lis., 3 del rev., 15 lis., 3 del revés, 10 lis.

2.^a—8 lis., 2 del rev., 3 lis., 15 del rev., 3 lis., 2 del rev., 8 lis.

3.^a—8 lis., 1 del rev., 2 lis., 3 del rev., 13 lis., 3 del rev., 2 lis., 1 del rev., 8 lis.

- 4.^a—9 lis., 2 del rev., 3 lis., 13 del rev., 3 lis., 2 del rev., 9 lis.
- 5.^a—8 lis., 2 del rev., 2 lis., 3 del rev., 11 lis., 3 del rev., 2 lis., 2 del rev., 8 lis.
- 6.^a—10 lis., 2 del rev., 3 lis., 11 del rev., 3 lis., 2 del rev., 10 lis.
- 7.^a—8 lis., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev., 9 lis., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev., 8 lis.
- 8.^a—11 lis., 2 del rev., 3 lis., 9 del rev., 3 lis., 2 del rev., 11 lis.
- 9.^a—8 lis., 4 del rev., 2 lis., 3 del rev., 7 lis., 3 del rev., 2 lis., 4 del rev., 8 lis.
- 10.^a—8 lis., 4 del rev., 2 lis., 3 del rev., 7 lis., 3 del rev., 2 lis., 4 del rev., 8 lis.
- 11.^a—8 lis., 5 del rev., 2 lis., 11 del rev., 2 lis., 5 del rev., 8 lis.
- 12.^a—13 lis., 2 del rev., 11 lis., 2 del rev., 13 lis.
- 13.^a—8 lis., 6 del rev., 2 lis., 9 del rev., 2 lis., 6 del rev., 8 lis.
- 14.^a—14 lis., 2 del rev., 9 lis., 2 del rev., 14 lis.
- 15.^a—8 lis., 7 del rev., 2 lis., 7 del rev., 2 lis., 7 del rev., 8 lis.
- 16.^a—15 lis., 2 del rev., 7 lis., 2 del rev., 15 lis.
- 17.^a—8 lis., 8 del rev., 9 lis., 8 del rev., 8 lis.
- 18.^a—16 lis., 9 del rev., 16 lis.
- 19.^a—8 lis., 9 del rev., 7 lis., 9 del rev., 8 lis.
- 20.^a—17 lis., 7 del rev., 17 lis.
- 21.^a—8 lis., 8 del rev., 9 lis., 8 del rev., 8 lis.
- 22.^a—16 lis., 9 del rev., 16 lis.
- 23.^a—8 lis., 7 del rev., 2 lis., 7 del rev., 2 lis., 7 del rev., 8 lis.
- 24.^a—15 lis., 2 del rev., 7 lis., 2 del rev., 15 lis.
- 25.^a—8 lis., 6 del rev., 2 lis., 9 del rev., 2 lis., 6 del rev., 8 lis.
- 26.^a—14 lis., 2 del rev., 9 lis., 2 del rev., 14 lis.
- 27.^a—8 lis., 5 del rev., 2 lis., 11 del rev., 2 lis., 5 del rev., 8 lis.
- 28.^a—13 lis., 2 del rev., 11 lis., 2 del rev., 13 lisos.
- 29.^a—8 lis., 4 del rev., 2 lis., 3 del rev., 7 lis., 3 del rev., 2 lis., 4 del rev., 8 lis.
- 30.^a—12 lis., 2 del rev., 3 lis., 7 del rev., 3 lis., 2 del rev., 12 lis.
- 31.^a—8 lis., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev., 9 lis., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev., 8 lis.
- 32.^a—11 lis., 2 del rev., 3 lis., 9 del rev., 3 lis., 2 del rev., 11 lis.
- 33.^a—8 lis., 2 del rev., 2 lis., 3 del rev., 11 lis., 3 del rev., 2 lis., 2 del rev., 8 lis.
- 34.^a—10 lis., 2 del rev., 3 lis., 4 del rev., 3 lis., 2 del rev., 10 lis.
- 35.^a—8 lis., 1 del rev., 2 lis., 3 del rev., 13 lis., 3 del rev., 2 lis., 1 del rev., 8 lis.
- 36.^a—9 lis., 2 del rev., 3 lis., 13 del rev., 3 lis., 2 del rev., 9 lis.
- Se repite desde la primera vuelta.

Hé aquí terminada la esplicacion de las dos labores que hoy repartimos, ambas de punto, ambas de muy poco coste, de mucha aplicacion, y muy á propósito para servir de distraccion útil á cualquier señora en estos dias en que el tiempo les priva de pasear, ó en estas noches largas del invierno en que se reunen las familias en torno del fuego.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

TEATROS.

Verdadera crónica, desprovista de comentarios, será nuestra narracion de hoy, pues ha de abarcar muchos y diversos incidentes heterogéneos. De todos queremos hablar, aunque sea ligeramente, para que nada nos quede por consignar en estos anales periódicos en miniatura. Cuando alguna obra dramática llama la atencion pública, bien por su mérito, bien por su fortuna, consagramos generalmente á ella casi la totalidad de nuestras reducidas reseñas, pero esta preferencia nos impide hablar de otros sucesos pequeños que tal vez se realizan en los mismos dias en que dicha obra aparece. Para ponernos, pues, al corriente de la historia teatral, dirigiremos una rápida ojeada á todos los coliseos, y mentaremos respecto á los mismos los incidentes de que nada hayamos dicho.

Comencemos por el de la ZARZUELA.—Su celoso empresario y director, el señor Salas, se esmera en proporcionar con frecuencia á sus favorecedores producciones que tengan el aliciente de la novedad. Sin embargo, ya hará cerca de un mes que nada se ha estrenado en dicho coliseo, lo cual no deja en verdad de causarnos extrañeza. Hace muchos dias, viene anunciándose como en ensayo la esperada zarzuela *El agente de matrimonios*, y no obstante nada se dice todavía de la época de su aparicion. Tal vez haya causado semejante demora el haberse puesto la obra en estudio antes de hallarse terminada.

Deseosa la empresa del teatro á que nos referimos de recompensar en lo posible á sus apasionados, se ha valido de otros medios para dar á algunas representaciones de este período el interés de que carecian. Al efecto, ha ofrecido las siguientes novedades.

El señor Compta, jóven pianista español que acaba de hacer en el extranjero sus estudios de perfeccionamiento, ha dado dos conciertos, en los intermedios de las obras lírico-dramáticas del repertorio de aquel coliseo. En el primero de aquellos ejecutó, si mal no recordamos, un *andante* y *allegro* de Mendelssohn, y un *concierto* de Mayer, obras ambas de superior belleza artística, y de reales y no aparentes

dificultades. Excelentes condiciones manifestó tener el señor Compta, y distinguida educacion musical. Su posicion, su agilidad, su pulsacion, su limpieza, nos parecieron propias de un pianista de gran mérito y de escuela nada vulgar.—Fué bastante aplaudido, pero mas lo hubiera sido, si la mayoría del público hubiese tenido su gusto mas en relacion con las piezas que ejecutó.

En la noche del miércoles último se presentó, tambien en los entreactos de la funcion, el señor don José Lacoste, actor trágico de los teatros de París, á declamar en francés dos poesías de Victor Hugo.—Éstas son en realidad muy bellas, y se titulan *La priere pour tous*, y *Pour les pauvres*; pero no dan ocasion al lucimiento teatral de un actor. El señor Lacoste demostró estar adornado de facultades dignas de aprecio, y fué aplaudido, mas no se le pudo juzgar verdaderamente porque, por buenas que sean, estrecho campo proporciona la recitacion de dos poesías, mucho mas siendo éstas en idioma extranjero aunque comun.

En iguales condiciones que los anteriores se presentó en la noche del jueves siguiente otro concertista, llamado D. Alejandro Fournié, á cuyo nombre siguen varios títulos académicos musicales que no creemos necesario reproducir. Tocó este señor en la flauta dos piezas de su composicion, con acompañamiento de orquesta. Fueron una *gran fantasia* sobre motivos de *Linda de Chamounix*, y un concierto titulado *La violeta del bosque*.—El público le oyó con frialdad y aun con muestras de desagrado, por qué no le satisfizo ni su afinacion, ni su tono, ni su ejecucion.—Creemos que el público anduvo acertado en la poco elevada apreciacion que hizo del músico señor Fournié.

Siguiendo nuestra excursion diremos que en la noche del dia en que trazamos esta reseña se hace en el Circo el beneficio del tenor señor Grau. Estrénase en él una zarzuela en dos actos y en verso nominada *Harry el diablo*, arreglada, á no dudarlo, del drama francés de este título, ya traducido anteriormente con el mismo y representado en nuestra escena. Tambien se reproduce la zarzuela en un acto de los señores Pastorido y Rovira, *Un rival del atró mundo*, recientemente estrenada, y la señorita Ramos canta, vestida con el traje propio, una cancion llamada *La Mulata*.—Hoy nos es imposible hablar de esta funcion, como claro se deja comprender.

Por la misma razon de ejecutarse en igual dia, tampoco podemos decir nada de *Las Visperas Sicilianas*, repentinamente anunciadas y estrenadas en el TEATRO REAL, en la temporada presente. El largo tiempo que viene preparándose la ópera de Meyerbeer *Gli Ugonotti*; el retirarla indefinidamente el mismo dia que debia cantarse; la aparicion inesperada de la primera y lo causado que se halla el público

de la desacertada ejecucion de algunas obras, hablando en general, forman un conjunto de circunstancias que hace algun tiempo viene perjudicando al régio coliseo y á la empresa que está á su frente. Cuando hayamos visto *Las Visperas* hablaremos de ellas. Hoy sólo diremos que el desempeño de los principales papeles corre á cargo de la señorita Dejean, y de los señores Villani y Coletti.

El teatro del PRINCIPE, después de dar varias representaciones de obras conocidas de su repertorio, como son *Las polvos de la Madre Celestina*, *Pablo el marino*, y *El tanto por ciento*, ofrece tambien en el propio dia en que esto escribimos el beneficio de la distinguida actriz señora Lamadrid. Estrénase en él una comedia en tres actos, titulada *El buey suelto...*, en prosa y original de un conocido jóven escritor. De ella trataremos en cuanto nos sea posible, contentándonos por hoy con desearle buena fortuna.—Tambien parece que se prepara en este coliseo una nueva refundicion de *La Redoma encantada*.

VARIETADES ha dado en la pasada semana una comedia hace muchos años no representada, y que en la época de su estreno alcanzó grande y merecida reputacion. Es *Contigo pan y cebolla* de D. Manuel Eduardo Gorostiza. Fué regularmente desempeñada y agradó á los espectadores. Después se ha hecho *Casa con dos puertas*, no sin acierto, y se ha verificado el beneficio de D. Luis de Eguilaz con la 61.^a representacion de su afortunada última obra. En ella le fué arrojada una corona, acerca de la cual publicaban los periódicos al siguiente dia lo que trascribimos á continuacion:

«A la corona de laurel natural, arrojada anoche al señor Eguilaz en el teatro de VARIETADES, iba unido un rico medallon de oro, dentro del cual habia un autógrafo que decia:

AL SR. D. LUIS DE EGUILAZ.

Recibe este pobre don
que, de todo corazon,
te envio, en fiel testimonio
de aplauso y admiracion
á tu *Cruz del matrimonio*.

Madrid 20 de Febrero de 1862. — Juan Eugenio Hartzenbusch. »

Lo mismo que Hartzenbusch, y mas, piensa de su obra de V., señor D. Luis, Agustin Durán. »

Réstanos nombrar á NOVÉDADES, pero de este teatro sólo podemos decir que la literatura ha acallado un tanto su voz en él, dejando el campo á una compañía de atrevidos acróbatas que hacen en verdad una coleccion de diabluras.

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

Próximo ya el Carnaval, en el que debe tener lugar algun baile de trajes, no estará demás indicar á nuestras amables lectoras alguno de novedad y gusto con que puedan presentarse airosas en ellos, luciendo su gracejo y buen humor.

Hay uno llamado *Estrella de la mañana*, que se compone de varias faldas de tul, blanco y azul, alternadas, y un poco redondas. Las de tul blanco llevan bordadas al lado derecho estrellas de oro de diferentes tamaños: adorna el traje por el mismo lado ramaje con flores de dondiego de noche, cubriéndole un velo de tul blanco. Al lado izquierdo hay otro velo blanco, sembrado de gotas de rocío de todos los colores, que nace en el talle, baja hasta el bajo de la falda, y vuelve á subir á sujetarse en el prendido. El cuerpo, de drapería á la antigua, está tambien sembrado de gotas de rocío, y adornado en la parte superior de una guirnalda de rosas, sirviéndole de cinturón un anillo de plata, que tiene por delante una grande estrella. El prendido se compone de una cinta de plata, rodeada de flores de dondiego de dia, con una estrella de plata en el centro.

Lindo es tambien el de *Diana la cazadora*, que representaba el figurin que repartimos con el número anterior, y no son menos oportunos los modelos de esta clase de trajes que hemos repartido en otra publicacion.

Es el primero un TRAJE DE HUNGARA, compuesto de *chaqueta* de terciopelo verde, guarnecida de piel y adornada con alamares de cordón de oro. El *corpiño* es escotado y la falda corta, ambos de seda color de rosa. *Medias* de seda blanca: *botinas* de terciopelo verde, ribeteadas de galón de oro, y *gorra* de terciopelo verde, adornada de piel y con garzota blanca, completan el traje.

OTRO DE GRIEGA.—La *falda* es blanca de cachemir, con dibujos azules: túnica, cuerpo y mangas de grós blanco. *Sobretudo* de terciopelo granate, bordado de oro. *Zapato* del mismo terciopelo y bordado. *Peinado* de grandes trenzas que caen por detrás, y *casquete* de cachemir encarnado, rodeado de otro blanco, con dibujo de palmas y una garzota blanca sobre la frente.

OTRO DE ALDEANA FRANCESA.—*Vestido* de lana, oscuro, con cintas grises. *Delantal* verde. *Esclavina* corta de punto blanco. *Cofia* blanca, con una rosa al lado. *Sombrero* de ala redonda, cubierto de blonda negra.

La misma lámina ofrece como disfraces para caballero:

UN TRAJE DEL TIEMPO DE ENRIQUE II.—*Ropilla* de raso, color de lila: *pantalon* ajustado de seda blanco: *zapatos* color de lila: *ferrezuelo* de terciopelo negro bordado de oro: *gorra* de terciopelo negro bordada de oro, con pluma blanca.

OTRO Á LO ENRIQUE IV.—*Gaban* ajustado, sin mangas, color oscuro y sujeto con un solo botón, puesto al escote, y cubierto éste de un cuello blanco, debajo del cual hay un gran lazo sobre el pecho. El justillo y las mangas son moradas: éstas ajustadas, y uno y otro adornados de tiras de terciopelo formando dibujo. *Puños* blancos, vueltos, como los llevan ahora las señoras. *Calzon* morado. *Botas* de montar de becerro. *Sombrero* de fieltro gris, con cinta de terciopelo y una pluma morada á cada lado.

OTRO DE CIRCASIANO.—*Blusa* abierta por delante, de cachemir blanco, guarnecida de terciopelo negro. *Gorra* encarnada, adornada de piel y galón de oro.

Como traje de baile, es de muy buen efecto, un vestido de tul blanco, liso, cuyo cuerpo escotado forma punta en el talle por delante y tambien por detrás: el escote va adornado de dos órdenes de bullones de tul blanco con lama de plata, con cogidos de ramitos de follaje verde y cuentas de coral. Esta berta va cogida en el hombro por otro ramo correspondiente sobre la manga corta y hueca. La falda superior es de tul con lama de plata, larga por detrás, y cogida toda ella de trecho en trecho por un embastado de ramaje y corales: esta falda abre por delante, en donde y en el bajo va replegada hasta el primer orden de cogidos que forman los ramos, dejando ver la segunda falda de tul que está completamente adornada de bullones, convenientemente graduados de alto á bajo.

El prendido correspondiente á este traje se compone de una corona de margaritas blancas, con ramaje verde y corales.

Como vestido de calle, es muy distinguido uno de grós verde, cuyo cuerpo, cerrado con botones de terciopelo negro, forma chaleco por delante: la manga es de zuava, abierta por detrás y con adornos de guipur negra. La falda está adornada de una tira de entredoses de guipur, y sobre ella otros formando grandes picos, en cuyo centro se colocan cuadros de lo mismo, puestos al biés. Todo el vestido va orillado de terciopelo negro.

Con este traje va muy bien un sombrero de terciopelo; el ala y bavolet negro, y el fondo, flojo y caído, de color de rosa del Vesubio. Sobre el ala hay un lazo, liso, de terciopelo negro, orillado de blonda blanca y negra con dos cabos que se cruzan, y encima una pluma negra, echada á un lado. Sobre la frente hay otra pluma negra entre hojas de terciopelo rosa y rizados de blonda. El rostrillo y bridas son blancos.

Completan la toalette mangas de bullon, de muselina lisa, con puño vuelto guarnecido de encaje. El cuello es correspondiente.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO. — P. J. de la Peña.